

Cambio hoz y martillo por 4x4 con lunas
tintadas

Rafael González Crespo

Cambio hoz y martillo por 4x4 con lunas tintadas

Cambio hoz y martillo por 4x4 con lunas tintadas

SEPTEM TEMPUS

Primera edición: marzo, 2013

© 2013 Rafael González Crespo

© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2013

e-mail: info@septemediciones.com

www.septemediciones.com

Blog: septemediciones.blogspot.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos. La editorial no se hace responsable, en ningún caso, de las opiniones expresadas por el autor. La editorial no tiene obligación legal alguna de verificar ni la veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de los datos incluidos en el texto, por lo que carece de responsabilidad ante los posibles daños y perjuicios de toda naturaleza que pudieran derivarse de la utilización de aquéllos o que puedan deberse a la posible ilicitud, carácter lesivo, falta de veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de la información proporcionada.

DISEÑO Y COMPAGINACIÓN: M&R Studio

ISBN: 978-84-15279-72-3

D. L.: AS-00802-2013

Impreso en España — *Printed in Spain*

A todos los que compartieron conmigo estas vivencias, incluso a los que no menciono porque no ha sido intencionadamente, en algunos casos ha sido por prudencia, que es una virtud y con mayúscula mi tía, y en otras por olvido involuntario.

A todos los que creen que los pueblos pueden ser hermanos por encima de razas, idiomas, colores y fronteras.

A Lucía, Juan y Ángela por riguroso orden de edad.

ÍNDICE

PRÓLOGO. DE VIAJES, PAISAJES Y PERSONAS	9
LA MIEL Y LA HIEL.....	13
LAS LÁGRIMAS DE NINA	22
DESFILE EN LA PLAZA ROJA	48
SBIATOMÚ RAFAELIU.....	64
LAS FLORES DE SOFÍA.....	95
LAS BABUCHAS DE GOYO.....	111
TODO CAMBIA PARA SEGUIR IGUAL.....	137
SOBRE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO	145
LA IDA	146
LA CIUDAD I.....	148
LA CIUDAD II	150
LAS ÚLTIMAS HORAS	154
LA NOSTALGIA	157
LA RUSIA DE HOY.....	159

PRÓLOGO

DE VIAJES, PAISAJES Y PERSONAS

Cuando recibí el borrador de este libro estaba leyendo el denso y excelente trabajo de Robert Service “Historia de Rusia en el siglo XX”, y mi lectura había llegado casi al final de la parte dedicada al periodo de gobierno de Stalin, así que cerré el libro de Service, hice una larga pausa para descargar al menos una parte del horror que me habían causado los asesinatos, las hambrunas, las purgas y deportaciones que se sucedieron en la desventurada nación eslava durante la primera mitad del siglo pasado, y me dispuse a disfrutar con las andanzas de Rafael González Crespo y sus compinches ocasionales por ese país fascinante, colosal y desconocido que tantos sentimientos apasionados despierta no sólo en los que le han visitado, sino también en los que nunca han atravesado sus fronteras.

Decidí combinar la lectura de ambos, en aras de buscar el equilibrio emocional, para compensar la tristeza con el humor, la desventura con la aventura, el rencor con el amor. Robert Service contempla la historia de Rusia en el siglo XX a través de sus dirigentes —desde Nicolás II, a Putin— y Rafael lo hace a través del pueblo que, en Rusia y en otras partes de la otrora Unión Soviética, los ha sufrido. Porque en esta obra, el autor no habla de Rusia, sino de los rusos y rusas de toda edad y condición, de su vida cotidiana, de su orgullo y de sus temores, de sus miserias, de sus esperanzas y de su dignidad. Y también, claro, de sus esfuerzos por mantenerse a flote en la dura época que les ha tocado vivir, en muchos aspectos no peor, ni mejor, que la de sus padres y abuelos. Y también lo hace de sus vecinos ucranianos y bielorrusos, y de los caucásicos y gentes del Asia Central y del Extremo Oriente que se funden con los eslavos en una sola multitud apresurada, buscándose la vida en las calles de la capital del antiguo imperio que aún hoy día no puede, y quizás no deba, dejar de serlo.

“La miel y la hiel”, que así se llamaba inicialmente este libro, es un libro de viajes, de paisajes, y de personas. El lector no encontrará en él complejas teorías geopolíticas, juicios de valor de tinte ideológico o aventuradas profecías de futuro. Si alguna vez aparecen de pasada las grandes cuestiones que configuran la vida rusa por encima de la peripecia

personal de las gentes de toda condición que vienen y van, a veces pausadamente y a veces con prisa, por sus páginas, es para poner un marco adecuado al cuadro de su relación personal con el autor, pues cada una de las vivencias de Rafael González Crespo podría plasmarse en un óleo de variados colores, a veces pintado con trazos trepidantes y enérgicos, a veces con conmovedoras pinceladas dominadas por la melancolía, la emoción o la nostalgia que produce el paso del tiempo en nuestra vida y en las de los que participan, de un modo u otro, en ella.

La sonrisa acompaña de forma permanente la lectura de la miel, e incluso de la hiel, de cada historia, de cada anécdota y de cada encuentro. Y la risa, y a veces la carcajada, aparecen como delicioso colofón de las palabras, las líneas y los párrafos: basta con cerrar los ojos e imaginar la situación de nuestros héroes, perdidos en la inmensidad de los bosques que bordean las carreteras infinitas, sus discusiones y regateos con los guardias corruptos, con las matronas infames de los destartalados hoteles, con la legión de pícaros que puebla las calles y los mercadillos de las ciudades, con los prepotentes encargados de los restaurantes... En fin, con toda la abigarrada patulea que durante gran parte de su vida hizo como que trabajaba mientras el estado hacía como que les pagaba, y que aún responde airada y mecánicamente con una soflama insolente a cualquier pregunta formulada, sobre todo, por un extranjero, pues los viajeros del exterior nunca fueron bien vistos por el régimen comunista, incluso Stalin llegó a insinuar que ningún extranjero debería poder sobrevolar la Unión Soviética. Y en ello siguen anclados aún no pocos funcionarios, pues setenta años de desconfianza no se borran de un sople.

Las aventuras de Rafael en Rusia siguen las pautas de las idas, venidas y revoloteos de los enamorados, que aparecen una y otra vez, en ocasiones a deshoras, en la calle de su amada, aventurándose a los mil peligros derivados de la vigilancia de un padre severo por captar un mohín, una sonrisa, un guiño que, si se producen, le compensan con creces de todas sus incomodidades y zozobras. Las flores recogidas con amor y agradecimiento por unas niñas hacen olvidar miles de kilómetros sufriendo insolencias, tropelías, atropellos y abusos a cargo de servidores públicos, y no solo al otro lado del antiguo telón de acero; la charla tranquila con una encargada de hotel de mejillas sonrosadas degustando a pequeños sorbos un té hecho con gratitud en un viejo samovar, combinado con queso manchego, desafiando varias leyes de compatibilidad gastronómica;

el paseo intranquilo a través de una ciudad desconocida con una anciana heroína de la Gran Guerra Patria, preludio de un cálido afecto materno filial... Rafael va recolectando aquí y allá un premio por cada uno de sus desvelos, prueba inequívoca de que a los seres humanos, en todas partes, se les gana con el corazón.

Y eso, corazón, tiene este libro para dar y tomar. Algunos dicen, y el autor lo refleja, que Rusia es una matrioska con alma, una muñeca que esconde otras, huecas y estériles por muy vivos que sean los colores de sus rostros y ropajes. Yo me quedo con aquellas frases de un personaje del libro “Rusos” de Edward Rutherford: “Para mover Rusia, hay que mover su corazón, es lo que tiene que aprender el Occidente. El corazón, no la mente. Inspiración, empatía, deseo, energía, cuatro elementos surgidos del corazón. Nosotros no somos ni alemanes ni ingleses”. Es cierto, ni tampoco españoles o italianos, o escandinavos, o griegos. Su rudeza es quizá reflejo de las duras condiciones de sus vidas, azotadas por un clima inclemente y una absoluta falta de comodidades personales y ambientales en los importantes aspectos de la alimentación, el vestido y la vivienda, y muy especialmente en una falta de intimidad provocada por esos 13,4 metros cuadrados por persona que el estado autorizaba al asignar vivienda... en 1980, mientras cada vez más ciudadanos soviéticos se preguntaban de qué había servido tanta penuria y tanto sufrimiento si todo seguía igual o peor que en 1917.

Recorrer las calles de Moscú al lado del autor, sintiéndole respirar, conmoverse o torcer el gesto cuando aparecen ante sus ojos los signos palpables del desmoronamiento de las señas de identidad moscovitas, es deambular sin solución de continuidad por la Rusia eterna, por los mastodónticos mamotretos urbanos heredados de la URSS y por esa indefinida mezcla de cosmopolitismo fatuo sobresaturado de mobiliario urbano e insufribles anuncios publicitarios que, según Rafael, permite el alcalde en perjuicio de su ciudad. Pasear por la emblemática calle Arbat, por la Plaza Roja, por la Perspectiva Lenin, y detenerse en la calle Teverskaya, enfrente del Ayuntamiento, para admirar la estatua ecuestre del príncipe Yuri Dolgoruki —también llamado Jorge I de Rus—, fundador de la ciudad y señor de Kiev en la primera mitad del siglo XII, erigida en 1954 por artistas soviéticos y venerada por los ciudadanos capitalinos, es contemplar lo que Moscú ha sido y lo que es, y empaparse de los contrastes y paradojas que la Historia reserva a los pueblos: los rasgos duros y

metálicos del héroe medieval son calcados de los que el régimen soviético dispuso para las efigies de los obreros y campesinos revolucionarios. Un héroe que porta el escudo de San Jorge, protector de la ciudad, y que se movería en su tumba si supiera que uno de los submarinos nucleares de la Armada rusa ostenta con orgullo su nombre, porque la Armada rusa, como las Armadas de todo el mundo, es depositaria de la memoria de los que construyeron la identidad y la gloria nacionales.

Fuera de Moscú, en la inmensidad de la vasta Rusia, poblada por millones de seres humanos sumidos aún en el desconcierto, a medio camino entre lo que fueron, que no les satisfacía, y lo que serán, que les produce el temor de la incertidumbre, existe una realidad no menos dura que la moscovita, con el problema añadido de la falta de perspectiva sobre el mundo que les rodea. Se dice que los rusos, desde tiempo inmemorial, temen a los cambios: razón no les falta después de la experiencia del último siglo. En este escenario se han desarrollado también las aventuras, vivencias y perplejidades de Rafael, acompañado aquí y allá por animosos camaradas, lanzados a lo desconocido con una audacia y una determinación dignas de sus antepasados cántabros que arponeaban ballenas o embarcaban hacia América, solo que esta vez no era para buscar un mundo mejor, sino para traer y acunar en el suyo a otros seres con más necesidad de mejorar sus vidas y prepararse para afrontar con esperanza su destino.

Acostumbrados al resplandor mediático de otras supuestas hazañas, los viajes y peripecias de Rafael González Crespo pueden parecer humildes, y la modestia del autor no contribuye a realzar su importancia más allá de la grandeza humana de algunas situaciones. También fue modesta la salida de Don Quijote en busca de aventuras más allá de su limitado horizonte manchego, y fíjese el lector hasta donde ha llegado. En definitiva, historias como las que aquí se narran no se glosarán con admiración en las grandes cadenas televisivas, posiblemente no serán llevadas al cine y puede que nunca aparezcan en los periódicos, pero como le dijo a Rafael uno de sus amigos rusos. "¿Para qué queremos periódicos, si no tenemos bocadillos para envolver en ellos?"

Marín Bello Crespo, General de Brigada de Infantería

LA MIEL Y LA HIEL

“Rusia es un país con un pasado imprevisible” (YURI AFANASIEV)

Delia, una “niña de la guerra” de las que regresó a España en los años cincuenta, me regaló, cuando ya no éramos tan niños, un libro de poemas de Puskhin^[1] en cuya dedicatoria se podía leer: “A Rafael, porque ha comprendido la miel y la hiel de este gran país”.

Se refería a Rusia, claro, y formaba parte de aquellos niños que llevaron a la URSS durante nuestra contienda *incivil*. Niños que, cuando estaban allí, añoraban España y cuando volvían aquí hacían lo propio con Rusia —ya que Rusia y la URSS eran lo mismo en el imaginario popular español y una y otra acepción no pueden entenderse por sí solas—, en donde, todo hay que decirlo, les trataron magníficamente, alejándoles de las zonas de peligro durante la II Guerra Mundial, procurando que no les faltara lo esencial —que allí y entonces era mucho decir—, y dándoles a todos una formación que, pasado el tiempo, les permitiría ganarse la vida en ambos países.

La mayoría obtuvo algún título de ingeniería ruso, si bien aquellos títulos tenían poco que ver con lo que aquí tenemos por tales y eran algo así como una formación profesional, pero de un nivel muy superior a la española.

El libro lo conservo aun como todo lo que me regalan: jamás me desprendo de nada que me haya sido obsequiado —sea lo que sea— y, en este caso, aun con más motivo, pues la dedicatoria era un halago en el que volcó mi amiga todo su afecto. Lo releo consciente de que, cada vez que lo hago, entiendo más pero comprendo menos a su genial autor.

Que yo acertase a comprender “la miel y la hiel” de Rusia en aquellas palabras amables no sería más que un eufemismo: solo significa que lo

[1] Aleksandr Serguéyevich Pushkin fue un poeta, dramaturgo y novelista ruso, fundador de la literatura rusa moderna.

intenté, pero conseguirlo... ya es harina de otro costal... porque cuanto más sé sobre aquellas gentes más cuenta me doy de que no entiendo nada, de que el alma eslava es impenetrable y que no es a mí al único que le pasa esto, porque hay infinidad de frases célebres sobre este extraño país dichas por políticos, intelectuales, periodistas, viajeros... algunas de las cuales ilustran el principio de cada capítulo de este libro y que dicen bien a las claras y mejor que lo que yo pueda expresar, cuánto de desconocido encierra y cuánta fascinación, por tanto, levanta.

Yo me quedo con dos de ellas, ambas dichas por rusos: una, al parecer, de Yuri Afanasiev^[2] y la otra, atribuida a Víktor Chernomyrdin^[3], y las cito por su orden: “Rusia es un país con un pasado imprevisible” y “Lo quisimos hacer bien y nos salió como siempre”...

La primera hace alusión a la poca unanimidad que sobre su Historia tienen los rusos, los cuales pueden hacer una miriada de interpretaciones sobre ésta, tantas como rusos existen, y que solo últimamente parecen coincidir en que con el Comunismo vivían mejor, pues aunque lo dicen en voz baja se está convirtiendo en dogma de fe, y no lo dicen más alto porque allí también se ha instalado ese hablar “políticamente correcto” que no hace sino enmascarar las verdades como puños que un ciudadano de a pie debiera decir para que alguien le explique por qué ahora no existe ninguno de los avances sociales indudables que se alcanzó con la URSS y cómo se las tiene que arreglar un profesor universitario para vivir con 700-800 euros al mes en una ciudad como Moscú, que tiene el dudoso honor de ser la más cara del mundo, según todos los indicadores^[4], de forma continuada durante los últimos diez años, si bien, anteriormente, ya había sido Medalla de Plata en varias ocasiones en este ranking. Y no olvidar que lo que digo está sustentado en datos como que el 20% de la población aún vota al Partido Comunista de Ziugánov^[5].

[2] Historiador que fue Director del Instituto de Archivos de la URSS con Gorbachov. Entre otras obras ha publicado “Mi Rusia fatal”. Crítico de Yeltsin.

[3] Primer Ministro con Yeltsin de Presidente. Si bien se le atribuye a él, la frasecita que fue dicha en un programa de televisión por el humorista Tsadonov.

[4] Organization Resources Counselor y Mercer entre otras fuentes.

[5] Guennadi Ziugánov fue propuesto a la presidencia de Rusia por el Partido Comunista de la Federación de Rusia. Asimismo contaba con el apoyo de varios movimientos políticos y organizaciones sociales de izquierda. En los comicios presidenciales de 2012, en los que resultó vencedor Vladímir Putin con el 63,6% de los sufragios, Ziugánov obtuvo casi el 20% de los electores. En 1996 compitió por la presidencia de Rusia: en la primera ronda obtuvo el 32,03% de los votos y en la segunda logró el 40,31%, lo que lo dejó en segundo lugar tras Borís Yeltsin. En 2000 Guennadi Ziugánov repitió el intento y de nuevo se quedó el número dos por detrás de Vladímir Putin. Tampoco le ganó a Dmitri Medvédev en las elecciones presidenciales de 2008.